

NOTAS Y COMENTARIOS BIBLIOGRÁFICOS*

THE INDIANS OF TIERRA DEL FUEGO. Por Samuel L. Lothrop. Zagier & Urruty Publications. 15 x 21,5 cms. 244 págs. Ilustraciones y mapas. Buenos Aires, 2002.

Reedición facsimilar de esta importante obra etnográfica sobre los indígenas fueguinos, publicada por vez primera en 1928.

CAZADORES DE HUESOS EN LA PATAGONIA. EXPEDICIONES DE LA UNIVERSIDAD DE PRINCETON A LA PATAGONIA. Por John B. Hatcher. Zagier & Urruty Publications. 15 x 21,5 cms. 320 págs. Ilustraciones y Mapas. Buenos Aires, 2003.

Obra clásica en la literatura austral que da cuenta de una notable expedición científica desarrollada en el territorio de Santa Cruz entre 1896 y 1899, por encargo de la Universidad de Princeton, publicada originalmente en 1903, de la que se ha hecho ahora la primera edición en español.

EN EL CORAZÓN DE LA PATAGONIA. Por Hesketh Prichard. Zagier & Urruty Publications. 15 x 21,5 cms. 351 págs. Ilustraciones. Buenos Aires, 2003.

El hallazgo en 1895 de restos de un milodón (*Myiodon Darwin*) en una caverna próxima al fiordo de Última Esperanza (Chile), que aparentaban ser

recientes, hicieron pensar en la posibilidad de existencia de algún animal supérstite. Tal fue el origen de una curiosa expedición de búsqueda organizada por el diario británico *The Daily Express* y que fue encomendada al periodista Hesketh Prichard. Naturalmente la bestia no fue encontrada, pero la travesía correspondiente fue toda una aventura de la que el protagonista dejó un entretenido relato.

ROCKY TRIP. LA RUTA DE LOS GALESES EN LA PATAGONIA. Por Sergio Sepiurka y Jorge Miglioli. Edición bilingüe española e inglesa. Consejo Federal de Inversiones-Gobierno de la Provincia del Chubut. 26 x 26 cms. 343 págs. Ilustraciones y mapas. Buenos Aires, 2004.

Obra que da cuenta acerca del origen y desarrollo del asentamiento y colonización galeses –toda una epopeya– inicialmente en el valle inferior del río Chubut, en la Patagonia oriental central, para culminar posteriormente en el territorio occidental allende el valle superior del mismo curso fluvial, acontecimientos que tuvieron ocurrencia entre 1865 y el fin del siglo XIX. El relato, ameno por demás, asume así la forma de un recorrido geográfico desde el borde atlántico hasta las montañas andinas, y está complementado con una riquísima iconografía, en una edición de excelente calidad y presentación.

* Sección destinada a informar y comentar únicamente libros relacionados con la Patagonia, Tierra del Fuego y regiones adyacentes.

VAGANDO POR LA PATAGONIA. LA VIDA ENTRE LOS CAZADORES DE ÑANDÚES Y UN MOTÍN EN PUNTA ARENAS. Por Julius Beerbohm. Zagier & Urruty Publications. 15 x 21,5 cms. 158 págs. Ilustraciones. Buenos Aires, 2004.

Primera edición española de uno de los libros clásicos de la literatura patagónica de viajes de aventuras, publicada originalmente en Londres en 1881.

LOS JESUITAS EN LA PATAGONIA. LAS MISIONES EN LA ARAUCANÍA Y EL NAHUELHUAPI (1593-1736). Por Miguel de Olivares. Ediciones Continente. 15,5 x 23 cms. 224 págs. Buenos Aires, 2005.

Reedición parcial de la obra del P. Miguel de Olivares, de la Compañía de Jesús, incluida en la "Colección de Historiadores de Chile I. Documentos relativos a la Historia Nacional" (tomo VII), publicada en 1874 en Santiago de Chile, que relata lo acontecido entre los años finales del siglo XVI y bien entrado el XVIII en los territorios de la frontera mapuche-huilliche del Reino de Chile, con los esfuerzos misionales jesuitas para evangelizar a los indígenas. La reedición incluye un estudio preliminar por Alberto Pérez.

LA CIUDAD ENCANTADA DE LA PATAGONIA. LA LEYENDA DE LOS CÉSARES. Por Pedro de Angelis. Ediciones Continente. 15,5 x 23 cms. 128 págs. Buenos Aires, 2005.

Reedición de la obra clásica del autor publicada originalmente en Buenos Aires en 1836. Hay un estudio preliminar por Alberto Pérez.

EXPEDICIÓN A LA PATAGONIA. UN VIAJE A LAS TIERRAS Y MARES AUSTRALES (1881-1882). Por Giacomo Bove. Ediciones Continente. 15,5 x 23 cms. 192 págs. Buenos Aires, 2005.

Reedición de la obra aparecida originalmente en 1883 y que da cuenta de la expedición italo-argentina a la Tierra del Fuego con fines de reconocimiento geográfico y estudio científico.

VIAJE ALREDEDOR DEL MUNDO EN LA FRAGATA REAL BOUDEUSE Y EL ETOILE (1766-1769). Por L.A. De Bougainville. Ediciones Continente. 15,5 x 23 cms. 160 págs. Buenos Aires, 2005.

Tercera edición española del relato del periplo mundial del ilustre navegante francés L.A. De Bougainville (las dos primeras hechas por Espasa-Calpe Argentina S.A. en 1943 y 1946), que incluye una detallada descripción de su paso por el estrecho de Magallanes con interesantes referencias etnográficas y naturalistas.

MISIÓN AL CABO DE HORNOS. Por Louis F. Martial. Zagier & Urruty Publications. 15 x 21,5 cms. 320 págs. Ilustraciones y mapas. Buenos Aires, 2005.

Relación de la expedición francesa de la corbeta *Romanche* al archipiélago austral de la Tierra del Fuego, hecha por el jefe de la misma, capitán L. F. Martial, con la descripción de lo acontecido en el viaje y durante la permanencia de un año, desde 1882 a 1883, en las aguas australes de Chile.

EL POBLAMIENTO DEL NOROESTE DEL CHUBUT. APORTES PARA SU HISTORIA. Por Débora Filkenstein y María Marta Novella (compiladoras). Fundación Ameghino. 16 x 21,5 cms. 182 págs. Ilustraciones y mapas. Esquel, 2005.

Libro que contiene varios estudios de interés que se enmarcan en el propósito de las autoras y compiladoras, conjuntamente con otros investigadores, que han hecho del análisis de lo acontecido en el noroeste de la Patagonia argentina durante el siglo XIX y los comienzos del XX, el objeto principal de un notable trabajo de revisión dirigido a superar y ampliar, con el debido fundamento, la visión simplificada e incompleta que hasta hace poco tenía la historiografía tradicional argentina sobre distintos fenómenos y hechos históricos, particularmente en cuanto se refiere al poblamiento civilizado de esa región.

DEVELANDO EL MISTERIO DE LA CIUDAD DE LOS CÉSARES. Por Carlos Vega Delgado y Carlos Vega Cacabelos. Fondo Nacional de la Cultura y de las Artes. 16 x 21 cms. 200 págs. Punta Arenas, 2006.

El mito de los Césares de la Patagonia parece gozar, puede afirmarse, de la inmortalidad literaria, pues de tanto en tanto se sabe de reediciones de obras antiguas que se ocuparon de la materia o bien de libros en los que se entregan y consideran antecedentes ya publicados pero presentados bajo

diferentes enfoques. Es el caso del título que se comenta en el que se reúnen prácticamente todas las fuentes conocidas y otras noticias novedosas, lo que permite a los autores entregar un *corpus* informativo tan completo como es posible, complementando con la inclusión de una cantidad de informes históricos en los que se contienen los antecedentes recogidos durante el transcurso de los siglos XVI al XVIII y que dieron sustento documental a la leyenda cesárea. En suma, es una contribución, con visión renovada, acerca de una materia histórica siempre interesante y apasionante.

HISTORIA DE LA PATAGONIA. Por Susana Bandieri. Editorial Sudamericana. 13 x 19,5 cms. 445 págs. Mapa. Buenos Aires, 2005.

Este libro constituye una sorpresa, grata por demás, para los lectores interesados en la historiografía patagónica, porque, como síntesis obligada como lo es por el ámbito territorial comprendido y la dimensión temporal que abarcan los acontecimientos humanos sobre el mismo, lejos de ser más de lo ya conocido con antelación es una visión renovada y amplia, libre de condicionamientos forzados que busca –y logra cabalmente a nuestro entender– brindar una exposición panorámica objetiva sobre los sucesos históricos ocurridos en el extenso territorio patagónico y que supera los acotados límites impuestos por la historiografía argentina tradicional.

La autora posee cualidades y merecimientos sobrados para una empresa del carácter señalado. Doctora en Historia, profesora titular de Historia Argentina en la Facultad de Humanidades de la Universidad del Comahue (Neuquén), es Directora del Departamento de Historia y del Centro de Estudios de Historia Regional (CEHIR) en la misma casa de estudios superiores, y como tal, además, inspiradora principal de y participe en un esfuerzo relevante de un equipo de investigación que ha procurado y procura ampliar y mejorar el conocimiento referido al pasado del territorio patagónico preandino y andino, calificado por su amplitud de miras, su seriedad y objetividad, como por el afán de superar visiones estrechas y perimidas, con una mirada abierta y renovadora, cuyo abundante fruto conocido en diferentes publicaciones (libros y artículos), califica suficientemente su bondad y sus merecimientos ante el mundo académico.

Así entonces, en lo que a la obra que se comenta se refiere, Bandieri consigue presentar una suma apropiada, no obstante que necesariamente general, de lo logrado en tan plausible empeño académico. Se abordan en sucesivos capítulos las particularidades del marco natural; el origen y la evolución de los pueblos aborígenes; las aproximaciones europeas de los siglos XVI al XVIII, con mención de los mitos imaginarios a que el fenómeno dio origen; las subsiguientes primeras penetraciones foráneas sobre el territorio y los esfuerzos por su mejor conocimiento geográfico y científico, incluyendo las preocupaciones e intereses argentinos y chilenos sobre la Patagonia; el proceso de expansión de las fronteras interiores y la ocupación del espacio indígena y sus consecuencias de diferente orden y grado; la organización político-administrativa de los territorios ocupados y los principios que inspiraron esa preocupación; la explotación económica variada y progresiva, así como sus distintas formas, la distribución de la tierra pública y las situaciones a las que este proceso dio origen; el papel de las comunicaciones y las diferentes formas de producción económica según las particularidades o aptitudes naturales de cada espacio o distrito geográfico, entre otros distintos aspectos. Concluye la interesante obra con el capítulo que se denomina “Los grandes temas de la Patagonia contemporánea”, en el que entre otros asuntos se abordan los conflictos de límites con Chile, las huelgas rurales de los años de 1920, las políticas desarrollistas, las transformaciones impuestas en tiempo reciente por el modelo económico neoliberal, así como consideraciones acerca de la importancia de la Patagonia en el presente y de cara al porvenir.

Se agrega, para valorizar más la obra, si cabe, un ensayo historiográfico muy completo que informa sobre diferentes estudios y trabajos académicos realizados a lo largo del tiempo respecto de distintos temas, mención que de suyo representa un aporte relevante para los interesados en la temática patagónica.

En suma, *Historia de la Patagonia*, de Susana Bandieri, es una obra magistral, que apreciamos como un real aporte renovador para el mejor y más cabal conocimiento de un territorio compartido por Argentina y Chile.

Mateo Martinic B.

LA RUTA DE DARWIN EN LOS ARCHIPIÉLAGOS DEL CABO DE HORNOS. Por Ricardo Ruiz y Kart Heidinger. Gobierno Regional de Magallanes y Antártica Chilena. 16,5 x 21,5 cms. 150 págs. Ilustraciones y mapas. Punta Arenas, 2006.

Interesante presentación a través de la cual los autores repiten el trayecto que en 1832 y 1834 realizó el bergantín *Beagle* al mando del capitán Robert Fitz Roy, llevando como compañero de viaje al entonces joven naturalista Charles Darwin, por las aguas y litorales del archipiélago austral de la Tierra del Fuego, en especial por los canales Beagle y Murray, principales áreas de vida y actividades de los indígenas yámana. Lo notable de la recreación de que se trata es que cada estación o recalada, como el trayecto mismo, es recordado con sus observaciones naturalísticas y los avistamientos y encuentros con los indígenas, complementados con abundantes ilustraciones en colores que dan cuenta de la diversidad de los paisajes y características geográficas, como de su variedad vital natural y de los parajes preferidos para su residencia temporal por los antiguos aborígenes.

El contenido de este libro integra, con el de otros tres que abordan aspectos ecológicos y de otro carácter científico, un admirable esfuerzo expositivo destinado a informar acerca de la importancia de toda clase del territorio que conforma la Reserva de Biosfera del Cabo de Hornos, reconocimiento privilegiado que fuera otorgado a la región insular austral chilena en 2006 por la UNESCO.

Mateo Martinic B.

HUELLAS DE MUJER. MEMORIAS Y TESTIMONIOS FEMENINOS DE AYSÉN. Por Danka Ivanoff Wellmann. LOM Ediciones Ltda. 16 x 21 cms. 237 págs. Santiago, 2006.

Aysén, fuera de toda duda, es por excelencia una tierra geográfica y naturalmente difícil, y durante largo tiempo de no fácil acceso, lo que explica su incorporación tardía al acontecer del país, recién durante el transcurso del siglo XX. Los hechos esforzados, admirables por demás, a que dio lugar la penetración colonizadora, esto es, la realizada principalmente por pobladores aislados que paulatinamente fueron conquistando el espacio aysenino haciéndolo productivo y habitable han sido recogidos

por una abundante historiografía. En ella, como suele darse en los trabajos del género, se destaca el protagonismo masculino en la gesta colonizadora y pobladora, olvidándose o pretiriéndose el papel destacado y no pocas veces determinante en sus consecuencias que en ellas jugaron las mujeres, en ocasiones a parejas, sino más, en merecimientos comparados con los de los hombres.

Con el propósito evidente de rescatar tantas historias personales, para poner de relieve –en su debido valor– los correspondientes momentos vitales, Danka Ivanoff, investigadora tenaz de lo vernáculo, buscó, rastreó y ubicó a varias de muchas desconocidas protagonistas del acontecer aysenino de antaño y obtuvo de las mismas testimonios acerca de sus existencias y trabajos, y, cuando ello no fue posible, procuró informarse con familiares o conocidos, siempre con el afán de recoger y dar cuenta acerca de tanto que debe incorporarse a la memoria histórica regional.

Consiguió así material suficiente para escribir el libro que ha denominado apropiadamente *Huellas de Mujer*. En la relación correspondiente, en cuidadosa selección, se va dando cuenta de los aconteceres existenciales de diferente carácter como fueron los del cotidiano laborar, tantas veces esforzado; de alegrías y penas, de angustias y sufrimientos, de anhelos y esperanzas, y, también, de logros de sueños que parecían imposibles, en fin. Las hay de toda clase: pobladoras heroicas de la primera hora colonizadora y del tiempo fundacional presentes en tantos frentes pioneros; maestras, matronas, funcionarias públicas, religiosas, pequeñas empresarias y artesanas, y mujeres comunes, unas rústicas y sin instrucción, otras educadas y cultas, que como quiera que fueron, todas hicieron lo suyo en la construcción de una sociedad regional como la aysenina, con aportes de suficiente merecimiento que la memoria histórica debe conservar.

Con esta obra, una más en la ya importante cantidad de trabajos referidos principalmente a la historia particular del entorno del lago General Carrera y del distrito del Baker, Danka Ivanoff Wellmann, califica su propio y relevante aporte a la historiografía de una región patagónica diferente y de permanente atracción como es Aysén.

Mateo Martinic B.

PADRE OBISPO TOMÁS GONZÁLEZ, SDB. UN DEFENSOR DE LOS DERECHOS HUMANOS. Por Rosa Martínez Sánchez. Edebé. Editorial Don Bosco. A. A. 15 x 23 cms. 223 págs. Ilustraciones. Santiago, 2006.

Es ésta una biografía del segundo obispo diocesano de Punta Arenas, Monseñor Tomás González Morales, cuyo ministerio se desarrolló entre 1974 y 2006, esto es, coincidiendo en buena parte con el periodo de la dictadura militar en Chile (1973-1990), circunstancia que condicionó su quehacer pastoral, fundamentalmente en lo tocante a la defensa franca, valiente y comprometida de los derechos humanos tanto en Magallanes, como en el país, lo que junto con darle una merecida fama en su hora lo destacaría más tarde para la historia.

Así, en un tiempo de obligado silencio, el Padre Obispo Tomás González fue la voz de los que no podían hablar y afirmó con rotunda claridad y propiedad los principios evangélicos de la caridad, la justicia y la paz. En un tiempo de opresión, Monseñor González fue verdaderamente el padre amoroso que acogió a los perseguidos y a sus familiares, veló por ellos y se esforzó por darles el consuelo de la comprensión reconfortante y la ayuda que en sus manos estuvo poder brindar. En un tiempo oscuro de confusión social y política, el Obispo Tomás fue el profeta que proclamó la esperanza, asegurando el advenimiento de mejores tiempos para la sociedad chilena. En un tiempo de desunión y ruptura, el prelado fue un campeón de la reconciliación y la paz entre los hermanos y un paladín del perdón generoso, haciendo honor a su lema episcopal de ser “todos uno”. En tiempos de apertura y renovación, el Padre Obispo Tomás González fue, en fin, el constructor y guía de una Nueva Iglesia Católica Magallánica, al impulsar y poner en práctica, sin hesitar, las normas dispuestas por el Concilio Vaticano II.

La obra de que se da cuenta presenta la vida de este auténtico “Hombre de Dios”, hombre sencillo y de gran talento, servidor de sus hermanos, desde su niñez hasta el momento en que su precario estado de salud lo obligó a presentar su renuncia al Papa y entregar el cargo cuando la misma le fue aceptada. Ciertamente es ésta una obra testimonial sobre un personaje admirable, que merece ser conocida y leída con interés.

Mateo Martinic B.

Martinic, Mateo: DE LA TRAPANANDA AL ÁYSEN. Una mirada reflexiva sobre el acontecer de la Región de Aysén desde la Prehistoria hasta nuestros días. Libro XXXVIII de la Biblioteca del Bicentenario; Pehuén Editores, 539 pp. Santiago 2005.

Es ésta una obra sumamente ambiciosa, en el buen sentido del término, que pretende narrar la historia completa de Aisén. Bienvenida. Ella pone a esta región chilena, junto con Magallanes, a la cabeza de las regiones mejor historiadas del país. Y para ambas regiones es el mismo autor el que consigue este logro. Mateo Martinic no sólo se reafirma a la cabeza de los historiadores patagónicos e importante impulsor de las investigaciones históricas sobre esa zona, sino que también hay que destacarlo como el principal historiador regional de Chile.

En palabras que el autor estampa en el Prólogo, afirma que pretende entregar una visión panorámica, reflexiva, orgánica, coherente e integral de su acontecer histórico. Aprovecha también para consignar allí los nombres de quienes han contribuido significativamente a investigar y recopilar diversos momentos y antecedentes para reconstruir la historia aisenina, lista en la cual me honra incorporándome.

Más allá del detallado índice, se pueden establecer tres grandes partes que ordenan el conjunto, luego de una escueta presentación del marco geográfico de tan complejo territorio. La primera comprende la prehistoria aisenina, entendiendo por esta expresión no sólo la vida de los pueblos primigenios que ocuparon su espacio, sino todo lo acontecido con anterioridad a su incorporación a la vida nacional, es decir, lo sucedido en aquella región con anterioridad a 1903. La segunda parte comprende la época de incorporación de Aisén a la vida nacional desde la fecha anteriormente mencionada hasta 1958. La última parte comprende la vida aisenina hasta el presente en que fue escrito este trabajo, años comprendidos entre 2003 y 2005, y que el autor titula el Advenimiento de la Modernidad.

Cabe señalar que aunque desde hace décadas la parte norte de este territorio le fue separado en la división política del país, el autor tuvo el buen tino de mantener la zona de Palena dentro del marco de este trabajo porque, efectivamente, forma un solo cuerpo histórico y cultural con el resto de la región.

La intención de Martinic al incluir la reseña geográfica es ubicar al lector en la complejidad del territorio. Sin embargo, esas cuatro páginas terminan siendo muy apretadas y el lenguaje técnico que emplea dificulta su comprensión para quienes la desconocen. Y para quienes algo hemos recorrido de ella no nos resulta fácil reconocerlo y aquilatar debidamente la dificultad que presentó a los hombres como escenario de sus acciones. Una descripción tan técnica no invita a recorrer y dejarse sorprender por la inmensidad, variedad y belleza de aquella zona, única en nuestro país. El mapa y la foto satelital que la acompaña tampoco ayudan porque sus escalas son muy grandes y poco detalladas; dado el tremendo territorio que abarca habría sido muy conveniente fragmentarlo en varias cartas que presenten con más detalle las cuencas y sitios de mayor densidad histórica.

La primera parte, que he denominado prehistoria, comprende la ocupación de los pueblos primigenios, las primeras noticias recabadas entre los siglos XVI y la primera mitad del XIX y, finalmente, las noticias más completas aportadas por las exploraciones realizadas por cuenta del gobierno chileno durante la segunda mitad del siglo XIX hasta la delimitación fronteriza con Argentina. En todos esos temas el autor hace gala de una gran capacidad de síntesis y un acabado conocimiento de las fuentes y de los estudios que nos permiten conocer lo poco que sabemos, especialmente respecto de los pueblos nativos.

En cuanto a estos últimos diferencia y caracteriza claramente a los canoeros o habitantes del litoral pacífico, de aquellos otros del interior que deambularon por la zona del parque y de la pampa. Por encima de las diferencias culturales y de hábitat de ambos grupos, el autor está siempre trasluciendo su deseo de encontrar vínculos entre ambos y no oculta su desazón de que hayan llevado vidas tan apartes cuando los separaban nada más que la cordillera con sus laberintos infinitos, el bosque impenetrable y los hielos eternos.

Es muy destacable el relato de las exploraciones realizadas desde el siglo XVI, el origen del mito de los Césares y del nombre de la Trapananda. Por lo mismo llama la atención la ausencia de referencias al trabajo de Patricio Estellé y Ricardo Couyumdjian. La ciudad de los Césares: origen y evolución de una leyenda, en Historia 7, Instituto de Historia,

Universidad Católica de Chile, Santiago 1968, y la del segundo de estos autores Manuel José de Orejuela y la abortada expedición en busca de los Césares y extranjeros, en la misma revista, número 10, Santiago 1971.

También merecen una detallada descripción las exploraciones impulsadas por el gobierno chileno, especialmente las del Comandante Simpson en los años de 1870, y las de Hans Steffen tan vinculadas a la demarcación limítrofe. Este último asunto está también minuciosamente presentado. Lo mismo puede decirse para la presencia humana en el litoral marítimo compuesta por loberos, pescadores, alcereros y cipreseros provenientes de Chiloé. Con Simpson y Steffen el autor comienza a formar la galería de padres fundadores de Aisén, loable iniciativa que permite destacar a las figuras más señeras de esta historia.

A propósito de esta parte cabe señalar un aspecto metodológico que habría enriquecido este trabajo, haciéndolo superar la mera historia regional y transformándolo en un aporte trascendente para la historia de Chile. Es sabido que nuestra visión histórica ha sido acuñada a través del tiempo por estudiosos santiaguinos, que han destacado e investigado nuestra historia según sus intereses y modo de ver el mundo. Es indispensable, por lo tanto, que los historiadores de regiones se hagan cargo de este sesgo y aprovechen sus estudios para precisar y rectificar miradas, porque desde las regiones se ven perspectivas y asuntos que los santiaguinos ignoran o yerran.

Por ejemplo, el nombramiento de Barros Arana como perito limítrofe, un hombre de escritorio, investigador de papeles y rector de la Universidad de Chile, y no un explorador conocedor de las dificultades y de las oportunidades que ofrece la geografía. Lo mismo cabe decir de la creación por parte del Estado de la Colonia Palena en la isla Los Leones a fines del siglo XIX, litoral marítimo alejado del territorio interior que era el que estaba en disputa. Esta situación se repitió más tarde con el asiento de la capitalidad del Territorio en Puerto Aisén y, una vez más al cabo del tiempo, con la capitalidad de la provincia de Palena en Chaitén, todos lugares litorales, cuando la vida se desarrollaba al interior, lo que siempre significó una lejanía y abandono de los pobladores.

En cambio, en este espléndido trabajo salta a la vista siempre el apego del autor a la mirada y

al veredicto santiaguino sobre nuestra historia, en vez de aportar un punto de referencia diferente, novedoso y libre de las preocupaciones capitalinas: es una deuda que dejó por saldar. Esta es la gran tarea que subyace en la investigación de las historias regionales, y lo que les dará verdadero relieve y trascendencia nacional. Más aún cuando se trata de asuntos relevantes para la historia nacional, tan estrechamente referidos a la historia de alguna región, como es este caso.

También cabe otro alcance metodológico referido a la presencia chilota en el litoral de Aisén. Aunque la actividad de los loberos, pescadores, alcereros y cipreseros ocurrió en territorios que hoy pertenecen a aquella Región, constituyeron fenómenos propios de la historia de Chiloé. Iniciaron el conocimiento de Aisén, pero no constituyeron propiamente historia de Aisén. Esto no es más que un problema de enfoque que permite presentar con claridad las complejidades que hacen tan apasionante la labor humana.

La segunda parte, referida al poblamiento que incorporó Aisén a la vida nacional, comienza con una breve reseña de los vendedores de ilusiones: aquellos que en Santiago se dedicaron a hacerse de concesiones estatales aprovechando sus diversas vinculaciones con las autoridades, y que luego las traspasaban a capitalistas que formaban sociedades con la ilusión de llegar a formar grandes empresas como había ocurrido con las ganaderas magallánicas. En realidad, estas personas sólo vendieron las ilusiones que estaban en la mente de los santiaguinos y que las compartían los políticos y burócratas de la capital. Interesante capítulo que, también, da para una contribución externa al estudio de la mentalidad santiaguina que piensa al país como un coto para poseerlo en exclusividad y formarlo según lo que ellos piensan que debe ser.

A continuación aborda el poblamiento propiamente tal, narrando con su habitual precisión las dos caras que caracterizó este fenómeno en Aisén: el de las sociedades y el de los pobladores. Las primeras se formaron mediante improbables esfuerzos, tanto exitosos como fracasados, y se hace cargo de las infundadas críticas de que fueron objeto con posterioridad. La Sociedad Industrial de Aisén, producto del fuste del empresario magallánico Mauricio Braun, otro padre fundador, y del administrador John Dun, junto a los capataces y el personal chilote. Las sociedades que

intentaron abrir el Baker, consumiendo el esfuerzo de figuras tan destacadas como el mismo Braun y su administrador William Norris, el posterior de Lucas Bridges y otros, además de capitalistas y trabajadores, muchos de los cuales murieron mientras que otros persistieron en esa región hasta que, finalmente, se consolidó la Estancia Chacabuco. Las sociedades que se sucedieron en el Cisnes hasta su consolidación en la medida en que se acomodaron a las circunstancias lugareñas, prescindiendo o modificando los contratos convenidos con el Estado chileno, pensados en Santiago y con absoluto desconocimiento de la realidad local.

La ocupación de los pobladores espontáneos, chilenos que entraron a Aisén desde la patagonia argentina, lo que los preparó para esa durísima empresa que fue instalarse al lado chileno de la frontera, constituye un interesante relato de las desventuras que debieron soportar movidos por el deseo de consolidar sus esfuerzos en la patria que, para este efecto, debieron reinventar. En efecto, desde Santiago trataban de moldear el territorio sin considerarlos ni dejarles lugar, motivo por el cual debieron luchar contra la naturaleza y las autoridades, lo que constituyó una gesta destacadísima.

Aquí cabe matizar una afirmación del autor en cuanto que este poblamiento habría resultado de una gran cantidad de iniciativas individuales. Efectivamente, cada uno terminó ocupando la tierra que eligió individualmente y nunca pensaron en formar sociedades para mancomunar esfuerzos. Pero sí, generalmente, se concertaron previamente para explorar en conjunto y, más tarde, debieron mantenerse agrupados para enfrentar a las autoridades chilenas que no los reconocían e insistían en conceder esas tierras a sociedades ganaderas u otro tipo de concesionarios, con el resultado de largas tensiones e, incluso, violentos enfrentamientos. El autor es muy prolijo para pasar revista a los diferentes sectores o cuencas que fueron escenario de este poblamiento, señalando sus pormenores y características. La visita de inspección realizada por el funcionario José M. Pomar en 1920 marcó un hito en el reconocimiento a estos pobladores y en la información que adquirió el Estado sobre este complejo y lejano territorio, lo que le permite al autor incorporarlo a su galería de padres fundadores. El relato de este proceso de ocupación territorial no termina cuando se completaron las tierras más

accesibles y productivas, sino que abarca también la penetración a los valles intracordilleranos durante los años treinta y cuarenta del siglo XX.

Llama la atención que no incorpore a esta galería de padres fundadores a José Antolín Silva Ormeño, promotor de numerosas iniciativas mancomunadas, fundador de Balmaceda en 1917 y caudillo exitoso de la resistencia de quienes se habían asentado en Chile Chico frente a concesionarios que pretendieron desalojarlos por la fuerza. Más allá de sus actos, en él se sintetiza y personifica el gigantesco empuje de aquellos pobladores que abrieron vastos espacios aiseninos con su solo esfuerzo, resistiendo a la presión del Estado y de las sociedades concesionarias, abriendo una patria popular e invitadora, a diferencia de la patria oficial y excluyente que representaban las sociedades ganaderas. Sólo es mencionado en una segunda línea de próceres, junto a Augusto Grosse, explorador de los años cuarenta, y John Dun y Lucas Bridges anteriormente mencionados.

Cabe destacar el empeño de Martinic en reunir los nombres de una cantidad muy importante de primeros pobladores y sus épocas de radicación, además de muchos de aquellos otros que formaron el personal de las sociedades, con lo que rescata el período formativo de la sociedad aisenina. También presenta un caudal enorme de pobladores del segundo momento, cuando ya se manifiesta un incremento significativo y heterogéneo de la población, que abarca a ganaderos, comerciantes, funcionarios públicos, educadores e industriales, presentes en el segundo cuarto del siglo XX.

Martinic efectúa un gran aporte al presentar el archivo de Mauricio Braun y otros documentos que ha reunido en el Instituto de la Patagonia, tanto por su valor intrínseco, como por constituir aportes regionales. Pero también se echan de menos referencias a otras investigaciones, no sólo la mía que está muy presente y poco citada sino, especialmente, las de Danka Ivanoff, que ha formado una exitosa dupla de trabajo con el autor, y cuyos aportes documentales y fotográficos, junto con su trabajo sobre Lucas Bridges en el Baker no es mencionado a pesar de haberse trabajado y publicado casi en paralelo, lo que desmerece al autor comentado. En general, así como hay una gran prolijidad narrativa de los acontecimientos aiseninos, cuesta percibir en esta obra el enorme

esfuerzo realizado por los investigadores a lo largo del tiempo para llegar a sintetizar el conocimiento alcanzado. La epopeya aisenina aquí retratada tiene su correlato en el embrujo que ha ejercido aquella tierra para inducir a su estudio. Esto último no es un asunto que afane al autor, más abocado a entregar una narración que apunta a constituir un estadio final de las investigaciones sobre aquella región, que a presentar y discutir el dificultoso avance del conocimiento a que se ha llegado.

Es así como destaca sin mayor discusión la presencia del Estado a partir de 1928 mediante la creación del Territorio de Colonización de Aisén, el asiento de su capital en Puerto Aisén, el nombramiento de Luis Marchant como su primer Intendente, los servicios públicos correspondientes y la ley 4.855 sobre concesión de terrenos en Aisén. Ensalza la enorme labor de este intendente, motivo por el cual completa con su nombre la galería de los padres fundadores. Menciona su intervención en la construcción de caminos, fundación de pueblos, organización de los servicios públicos y policía, desarrollo de la educación y fomento de las actividades privadas de todo tipo. La caída de Ibáñez en 1931 significó el final de la era de Marchant y, desde entonces, la administración pública permaneció en el más completo marasmo durante el siguiente cuarto de siglo.

En cuanto a la capitalidad de Puerto Aisén y el papel de los servicios públicos, ubicados en el litoral y lejos de los centros de la vida, Martinic la percibe como una decisión sin alternativas, es decir, al modo de un funcionario público poco sensible a lo perturbadora que era para la vida aisenina la vecindad argentina, por señalar uno de los principales problemas de los pobladores, por arbitraria y abusadora de su necesidad de recurrir a las rutas del vecino país para comunicarse. Otro tanto cabe decir de la insuficiente labor de Tierras y Colonización para regularizar la propiedad de los colonos. Lo dicho y muchos otros aspectos de los servicios públicos hicieron que la incorporación de Aisén fuera pasiva, prevaleciendo la fatalidad burocrática que no veía lo obvio, es decir, lo que había señalado Pomar en 1920. Esta pasividad facilitaba la vida a las oligarquías santiaguinas, que no veían los problemas aiseninos ni menos querían asumir el esfuerzo que demandaba su real incorporación a la vida nacional.

Sin embargo, el autor, con su notable prolijidad, da cuenta de la reiteración de las peticiones y de las quejas de los aiseninos entre 1931 y 1958, lo que constituye un gran testimonio de la parálisis que afectaba al país, y a Aisén por lo mismo, dominado por una administración pública que, a su vez, vivía en la inmovilidad de lo atemporal. Todo esto ocurría mientras la población crecía y la fundación de numerosos organismos que la agrupaban daba cuenta de la mayor complejidad del tejido social. En lo económico ocurría otro tanto con la minería, la pesquería y el comercio que se habían sumado a las actividades agropecuarias y forestales propias del primer momento de aquella región.

Sin embargo, y paradójicamente, el Aisén de las primeras décadas, que se había presentado hasta los años veinte como una tierra de promisión ante el resto del país, como un paraíso en ciernes, había terminado transformado, treinta años después, en una región pobre, aislada y que a duras penas se sustentaba a sí misma.

Esta situación anímica que se vive hacia mediados del siglo se refleja en el Primer Seminario sobre el Desarrollo de Aisén, realizado en 1958, mencionado en este libro reiteradamente pero sin una explicación detallada de lo que abarcó; el Memorial del general Cañas Montalva, en que propone la creación de la Zona Austral de Chile para unir el Aisén histórico (Aisén y Palena) con Magallanes y darles una conducción unificada y adecuada a sus particularidades y, finalmente, el proyecto de Ignacio Palma Vicuña que, con el mismo objetivo que el anterior, propuso la creación de la Administración General de Aisén. Nada de esto generó alguna acción, ni sirvió para relanzar el desarrollo de esta región. En concordancia con esta vida mortecina del Aisén de mediados del siglo, no extraña que se hayan incubado los conflictos limítrofes de Laguna del Desierto y de Palena, los que se detallan en forma muy sintética, pero con mucho conocimiento.

Finaliza este primer medio siglo incorporando pequeñas e interesantes apostillas que retratan la vida en rincones tan apartados. También, y en forma muy destacada, incluye un vibrante acápite sobre la fuerte chilenedad de los aiseninos, tan vilipendiada en el Chile central durante las décadas centrales del siglo XX. Aquí se refleja, sin duda, el fuerte sentido patrio de un magallánico, como lo es el autor, a quien también alcanzan los epítetos de no chilenezado, es

decir, extranjerizado o argentinizado que era una idea bastante arraigada en el Chile central de mediados del siglo XX, mal acostumbrado a reconocer como propios a tipos humanos diferentes, como lo han sido los patagónicos. Éste constituye otro caso de estudio para una mirada desde regiones hacia nuestra historia general.

La tercera parte de este trabajo, en la que el autor avanzó hasta su presente, y que denominó El Advenimiento de la Modernidad, no puede ser considerado como un aporte al conocimiento histórico, salvo algunos pequeños pasajes. Comienza dando la clave para entender que use la fecha 1958, cambio de período presidencial. Por lo general establecer este tipo de vínculo responde a una visión decimonónica que resulta particularmente inadecuada para comprender al siglo XX y, más aún, tratándose de una región que había vivido tan absorbida por la burocracia pública y, a la vez, tan dejada de la mano por ella misma. Sin embargo, en este caso, y mientras no se profundice en el conocimiento histórico del Aisén de mediados del siglo XX, tiene validez el planteamiento del autor. Hasta esa fecha la intendencia de Aisén había sido un botín político para las cortas e inestables coaliciones que caracterizaron la política chilena de las décadas centrales del siglo XX, lo que se había traducido en intendentes de breve duración que no marcaron ninguna impronta.

Los dos sexenios presidenciales comprendidos entre 1958 y 1970, en cambio, se caracterizaron porque sus máximas autoridades locales duraron los seis años de cada período, coincidiendo con intendentes de personalidad definida, Atilio Cosmelli y Gabriel Santelices, lo que contribuyó a cambiar el estilo de gobierno imperante hasta entonces. La presentación que hace de cada uno de esos períodos se basa en las memorias que entregaron al concluir sus períodos. Realiza una descripción encomiástica de la gestión de ambos intendentes que habrían marcado una etapa modernizadora. Constituye una contribución documental importante para el estudio de esos años, pero no más.

Finalmente, los años comprendidos entre 1970 y 2003 fueron englobados en un solo período, lo que es un despropósito. En esos treinta y tres años se sucedieron el gobierno de la Unidad Popular, el gobierno militar y los años de la Concertación. Además, constituyen un tercio del período

que se está historiando, lo que es absolutamente desproporcionado. No se puede pensar que es una incapacidad del autor para analizar esta época más reciente sino que, siguiendo una tendencia generalizada de la propaganda política, tiende a amalgamar en un bloque que confunde períodos tan claramente diferentes.

Se puede pensar esto porque ya para el sexenio de la Democracia Cristiana (1964-1970) se excluye completamente el problema de la reforma agraria. No hay ni una mención, ni siquiera tangencial, que aluda a ella. Esto constituye una deficiencia muy seria ya que se trata de una región, al igual que Magallanes, en que la reforma agraria se venía practicando desde mucho tiempo antes a su modo. En efecto, las grandes sociedades ganaderas de la Patagonia habían desarrollado sus explotaciones en grandes extensiones de tierras originadas por diversos medios: compra al fisco, arriendo al fisco y compra a particulares. Y las tierras arrendadas por el fisco habían venido disminuyendo paulatina pero sistemáticamente desde 1928, para venderlas a particulares lo que, de hecho, había significado disminuir las enormes extensiones en manos de las ganaderas y aumentar el número de propietarios.

Durante el gobierno de Frei no sólo no se les renovaron los arriendos sino que, además, se les expropiaron las que les pertenecían, hasta la desaparecieron de casi todas aquellas grandes sociedades ganaderas que habían sido protagonistas fundamentales de los inicios de la vida chilena en aquella zona. También hay que considerar que la reforma agraria se diseñó y aplicó por parejo a lo largo del país, prescindiendo absolutamente de las acusadísimas diferencias de uso que se le daba a las tierras en regiones tan diferentes como la Patagonia, el Chile central o Atacama. Y el autor, como intendente que fue de Magallanes en aquel sexenio, conoce muy de cerca aquel proceso. Por lo mismo, es un asunto que constituye una cantera valiosísima para contrastar las historias regionales con las imposiciones centrales de las oligarquías santiaguinas.

En otros aspectos el relato no va más allá de reseñar disposiciones legales o planes de autoridades, en circunstancias que hace ya muchas décadas que la historiografía descubrió la distancia que media entre los dichos y los hechos, y cuánto valen los hechos y cuán poco los dichos para co-

nocer lo que realmente ocurrió. En este sentido, el afán de Martinic de abarcarlo todo lo traiciona con el resultado de restarle mucho mérito a su empresa, al menos en esta parte. La inclusión de gráficos, cifras de población, modificación y enriquecimiento de la división política, aportan datos objetivos que la aproximan más a una crónica que a una historia. Lo mismo sucede con fenómenos como el de los gitanos del mar y la salmonicultura, que son mencionados pero sin ninguna vinculación con otros procesos, menos aún con la globalización del mundo, que tanta incidencia ha tenido en el cultivo y extracción de productos marinos en aquella región: otro tema para que la historia regional aporte con especificidad al conocimiento general.

Muy opuesto es el tratamiento que le da a los conflictos limítrofes en Palena, Laguna del Desierto y otros que no alcanzaron tanta notoriedad, hasta sus desenlaces finales. Unidos a las noticias entregadas en páginas anteriores, y al pormenorizado relato del conflicto inicial contenido en las primeras páginas, que se zanjó con el acuerdo y arbitraje británico de 1902, configura un cuadro completísimo del problema limítrofe en el cual resalta el tesón del pueblo chileno para defender su territorio, y la lejanía física y espiritual de las autoridades centrales, con sus carencias y sus yerros. La brevedad y concisión con que son tratados estos problemas revelan el profundo y detallado conocimiento que posee el autor sobre tan complejo tema. Se echa de menos que tan preciso relato no haya sido acompañado por mapas más adecuados. La geografía de Aisén es siempre más complicada que lo que la narración pueda explicar.

La construcción de la Carretera Austral y el impacto que tuvo sobre Aisén es otro tema que resalta en esta parte. Presenta la crónica de su avance hasta llegar al lago O'Higgins, señala breve y concisamente sus enormes consecuencias y proyecciones benéficas para la vida aisenina y la destaca como el hecho paradigmático de su historia reciente al concluir con su aislamiento físico, ya que al ser concebida como una columna vertebral permitió superar las tremendas dificultades que separaban sus diferentes cuencas, lo que las había mantenido muy distanciadas unas de otras. Destaca el papel del gobierno militar como verdadero y trascendente impulsor de la iniciativa y señala la conducción de las obras por el coronel Guillermo von Schowen y la

laboriosidad y diligencia de Antonio Horvath como funcionario civil. Como elogio final, la define como obra de chilenos, parafraseando el antiguo dicho obra de romanos. Elogio lleno de pasión patagónica. Bravo por el autor.

Desgraciadamente, a propósito de este tema, también se pierde la ocasión de mirar la historia general desde la óptica regional. El conflicto que nos enfrentó con Argentina por el Beagle en 1978 no aparece ni a propósito de esta tremenda obra vial, ni por sí mismo, ni por la repercusión que tuvo sobre la vida aisenina tan establecida en la frontera misma y tan aislada del resto del país. Algo se menciona de las relaciones que han ido surgiendo entre las autoridades locales chilenas y argentinas, desde el primer esfuerzo logrado por Atilio Cosmelli en 1959.

Ya terminando este libro, Martinic se refiere a la gente y los pueblos: de qué manera se formó allá una comunidad singular con claras características definitorias. Señala la importancia de los primeros pobladores de Valle Simpson que, aunque llegaron desde Argentina, eran oriundos de la zona comprendida entre Osorno y Ñuble; destaca la importancia de los chilotes llegados en el segundo momento que, unidos a los primeros, formaron un mestizaje ya definible hacia 1950, y diferente del resto de los chilenos. Nuevamente aporta más nombres y agrega a los extranjeros que más destacaron, con lo que avanza en el conocimiento de la sociedad aisenina hacia mediados del siglo. Luego agrega una breve reseña del origen y desarrollo de sus ciudades y pueblos, ordenándolos por cuencas. Aquí el autor

se permite expresar su minucioso conocimiento de la región y el gozo de recorrerla: es un viaje que nos lleva por todo Aisén y que resulta verdaderamente invitador a seguirlo, al contrario de la fría y técnica descripción científica contenida en las páginas iniciales.

Así como nos seduce para recorrer aquella región, falta por completo una invitación a continuar la tarea investigativa, pues en el trabajo domina la idea de constituir una obra que completa el estudio del primer siglo aisenino, sin aclarar el esfuerzo que permitió reunir este conocimiento, por lo que no trasluce el embrujo que se apoderó de tantos investigadores para su estudio, paralelo al que se apoderó de tantos hombres y mujeres que protagonizaron esta historia, algunos de cuyos jirones íntimos nos son presentados en las decidoras fotografías que acompañan el texto.

Las páginas finales, tituladas La Saga de Aisén, bien pudieron haberse puesto al comienzo para transmitirnos la pasión del autor por el tema y que configura la nota dominante del libro, y así habernos adentrado desde el comienzo en el espíritu que lo movió a escribirlo. En este final, ya liberado de las exigencias metodológicas formales de los historiadores, dio libertad a su espíritu y nos paseó por los pueblos de Aisén que configuran una geografía humana muy atractiva. ¡Qué bueno sería que los historiadores aprendieran a comenzar presentando estos rincones anímicos para vivificar la aridez del método y atrapar al lector con los hombres, tiempos y lugares que motivaron el estudio!

Adolfo Ibáñez Santa María

